

ballo negro de Cornelio, sin jinete ya y poco después sintió de improviso una onda hirviente que le bañaba el brazo: era la sangre de Toña á quien las enemigas flechas acababan de dar muerte. En ese mismo instante el alazán caía desfallecido junto á la muralla de "Las Cuevas," y los indios huían al divisar un grupo de ranjeros que salían á batirlos; pero los moradores de "Las Cuevas" sólo encontraron á Juan empapado en la sangre de su amada, y con el cadáver de ésta en los brazos; al alazán muerto á los pies del joven, y á corta distancia el caballo negro de Cornelio, sin jinete, respirando fatigado.



MEDICINA DE PATENTE

I

Alicaído hállase Perfectito;—con el diminutivo llámanle siempre cuantos le conocen—sus bienes, que no son muchos, merman de día á día. Acaba de echar un vistazo á sus cuentas, y ve con horror que si sus acreedores se ponen de acuerdo para asaltarle á la vez le dejarán hasta sin camisa.

Además, Beatriz, la novia de Perfectito, acaba de darle unas tremendas calabazas, por bruto, según dijo ella. No dió otra razón, y al decepcionado doncel párecele la razón de la sinrazón. Si por brutos han de ser calabaceados los novios, el noventa por ciento de ellos quedaríanse sin media naranja. Esto piensa Perfectito y no yo. Hago tal aclaración, por-

que no quiero granjearme la inquina de los enamorados, á quienes no tengo ojeriza, y hasta me caen en gracia.

Aquel desengaño abre honda herida en el corazón del galán, y el dolor ha sido frecuentemente la puerta por donde entran las serias y fructuosas meditaciones.

El joven, pues, medita.

Allí está en su escritorio, meciéndose suavemente en la poltrona, con la melnuda cabeza echada hacia atrás, y contando maquinalmente las vigas del techo de la pieza.

—Heme aquí, se decla, en esta casita para ella preparada y donde anidaban tantas ilusiones que el enemigo de la humana dicha ha arrojado á latigazos. Pero, ¿seré yo tan bruto como dice Beatriz?

—¡No, no! Lo que sucede es que soy débil, muy débil. Pero mi novia deba considerar que no tengo madre, ni padre, ni parientes, y, naturalmente, los amigos llenan ese vacío de mi alma.

Beatriz me ha dicho muchas veces:

—No vayas al café; tú no tienes carácter, vas á derrochar lo tuyo y lo ajeno, y á dar el primer paso en la vereda del vicio; después seguirás el camino real.

—No voy, Beatriz, no voy ya; basta que tú lo quieras.

Mas llego á mi casa, y allí está ya el Mefistófeles de Joaquín.

—Vamos al café, me dice.

Yo me fasco una oreja, la que encuentro primero, vacilo, pero no sé decir que no á nada.

—Vamos, contesto.

Y allá vamos.

Y en esos cafés venden muchos vinos y licores, mas no la sabrosa y aromática bebida del arábigo cafeto.

Y salgo de allí á media noche, ó un poco después, y con la cabeza trastornada.

—No vayas al casino.

—No, hija, no voy. ¡Qué he de ir yo al casino!

Y apenas me despido de mi amada, me encuentra Gil, el constante parroquia no de la cantina de los ricos, y de los que, aunque no lo sean, pretenden ser tenidos por tales, ó por lo menos, gustan de juntarse con ellos.

—Pues, Gil, vamos. Y hème allí instalado en el casino.

—Perfectito, ven á jugar tresillo.

—Bueno, jugaré.

—Ahora "poker."

—Pues al "poker."

- Y luego malilla.
- Está bien, jugaremos malilla.
- Que traigan copas.
- Corriente, que las traigan.
- Ahora cena.
- Sí, señores, la cena.

Y por supuesto, yo pago todo.

Y dan las doce de la noche, y la una, y hasta las dos de la mañana, y yo en el casino.

—Por Dios, Perfectito, me dice Beatriz, vas á quedarte en la miseria. Sé que prestaste tu firma á Hipólito, y que pagaste por él, porque el muy bellaco no pagó. ¡Qué iba á pagar!

—Es verdad; me dió pena decirle que no.

—¿Y no te dará pena que te dejen sin cara en qué persignarte?

—Ya no se la vuelvo á prestar á nadie.

A poco rato encuentro á don Secundino, vejete tramposo y mordaz, y tan feo, que puede curar instantáneamente el hipo; apenas conozco de vista á tal sujeto.

—Señor don Perfectito—me dice—zalamero, si viera usted lo que me pasa.

—¿Qué?

—El demonio del casero me echó á la calle con la mayor crueldad é injusti-

cia. Figúrese usted, por seis rentas, únicamente por seis rentas, después de medio año de ser su inquilino. Mas, usted es mi Providencia. Acabo de ofrecer la responsiva de usted al dueño de la casa que ocuparé. Ea, amigo mío, una firmita.

Y.... zás, firmó el documento que me presenta don Secundino.

Después me punza el remordimiento, ó la rabia, ó ambas quizás; pero yo no sé decir no á nada.

¿Seré bruto por esto? Tal vez Beatriz tenga razón.

¿Seré un malvado?

—Vamos al Rosario, me dice Pedro.

—Sí, amigo, vamos.

—Acompáñame á misa mayor.

—Con mucho gusto.

Y allí estoy en el templo, tan devoto, que cualquiera diría que soy flor y nata de la piedad y espejo de cristianos flojos y tibios.

—Voy á hacer los Ejercicios de San Ignacio—díjome el Padre Contreras,—es necesario que entres, Perfectito.

—Pues sí, señor, entraré.

Y héteme allí encerrado nueve días con sus noches, muy contrito y resuelto. á ser santo. ¡Válgate Dios! Si yo no sé decir jamás no.

Beatriz, en tono solemne y hasta amenazador, me dijo un día:

—El infierno, Perfectito, se hizo para los débiles, cata si para tí será.

Mas sin ella, sin mi Beatriz, la vida es para mi anticipado infierno. Es absolutamente necesaria una reconciliación. Ya le he escrito. Esperaré.

II.

Todo ese tropel de pensamiento en vigoroso diálogo, aparecieron en la fantasía del cuitado doncel. Sacóle de su abatimiento la voz de la criada, que llamándolo á la puerta le dijo:

—Una carta para el señor.

—¡A ver, á ver!, repuso Perfectito, levantándose precipitadamente.

Abrió la puerta, cogió la carta, y fijóse en el sobre.

—¡Es letra de Beatriz!

Abrió convulso el perfumado billete, y leyó:

“Perfectito:

Está usted enfermo, muy enfermo, ya desahuciado, motivo por el cual no me caso.

Es usted de los enfermos que rarísima vez sanan; pero, si por un milagro se

aliviase, le cumpliré mi palabra, seré su esposa.

En un papel por separado, le mando una receta, hágasela, podrá darle magnífico resultado.

BEATRIZ.”

—¡Ingrata, ya no me tutea! Ea, veré la receta.

“Medicina de patente que no debe faltar en ninguna casa. Este medicamento es el verdadero Bálsamo de Fierabrás, con el cual soñaron los andantes caballeros, y no han logrado obtener ni muchos hombres de talento: “Un poco de carácter.” Se vende en el almacén de la voluntad, y se compra con tres cosas: Resoluciones enérgicas; resoluciones eficaces; resoluciones justas. La caja de la voluntad es de secreto, se abre con estas tres sentencias: Las vacilaciones pierden el momento actual, que se va, y ya no vuelve. Tú eres soberano en el bien, esclavo en el mal; sé pues, soberano. Encierra el “sí” bajo de siete llaves, y no lo pronuncies nunca, sin haber antes reflexionado mucho.”

Perfectito, después de leer movió la cabeza y dijo:

—¡Tener carácter yo! Vamos, esto es pedir peras al olmo.

Recuerdo haber leído en un librote muy

serio, que el carácter se forma en la niñez ó en la adolescencia, y que pasado este tiempo, es imposible formarlo. Y quien tal dijo, estudiado lo tenía.

Aquí el enamorado joven volvió á hundirse en profunda meditación. De repente paseábase en el cuarto, luego deteníase, gesticulaba, y volvía á sentarse. Parecía tener los demonios en el cuerpo.

Lo que no cabe duda que llevaba en el corazón, era el amor; pero éste, según la general opinión, no es demonio, sino angelito, ó, por lo menos, alado niño que no vé, porque tiene vendados los ojos, pero que despidе fragancia de cielo. Perfectito le había visto pintado con carcax, arco y flechas, y afirmaba que era traidor y hería de muerte.

—Pero, ¡qué diablos de pensamientos tengo!, clamó Perfectito, estirándose de los cabellos. ¡Qué! ¿No soy cristiano?

Pues, como cristiano, sé que la gracia de Dios es omnipotente, y por ende capaz de dar carácter á los ancianos, á despecho de toda opinión en contrario. Y esto precisamente me dice Beatriz. Es usted de los enfermos que rarísima vez sanan, pero si quiere, puede sanar. Pues si quiero; probaré, nada me cuesta.

Con esta resolución tranquilizóse algo, y la imagen de la felicidad en figura de Beatriz, se le apareció sonriente.

Estaba engolfado en amorosos recuerdos, cuando sin llamar á la puerta abrióla un Requejo, digo un tipo como el Requejo de los hermanos Quintero en su preciosa comedia: "El Nieto." Era Don Pantaleón Sandoval y Mata, que iba á tirar á Perfecto, mejor dicho, á su bolsillo, mortal mandoble.

—Vengo, amigo mío, dado á todos los diablos, díjole sin saludarle. Anoche perdí en el Casino, y necesito pagar la deuda y desquitarme, y usted me va á proporcionar modo de cumplir con aquel deber, y de lograr esta satisfacción.

—¿En qué puedo servir á usted?, murmuró Perfectito. Luego repitió para sí las misteriosas palabras de la receta, á las cuales la ardiente fantasía daba ya sobrenatural virtud.

—¿En qué mi buen amigo? ¿Y usted me lo pregunta? Necesito doscientos pesos, que le devolveré... no me fijo plazo, pero será á la mayor brevedad posible.

Iba á escapársele á Perfectito un malhadado "sí señor," cuando recordó que el "sí" debía tenerlo encerrado bajo de siete llaves, y, aunque atragantándose, dijo:

—No señor.

Don Pantaleón quedóse mirando al jo-

ven con el mayor asombro. Aquella respuesta era de todo punto inverosímil. Era la primera vez que Perfectito decía no al que le pedía algo. De buena fe se creyó en una equivocación, y, sonriendo, repuso:

—Vamos, Don Perfecto—cosa admirable, suprimió el diminutivo—usted se chancea.

—No, respondió el joven, ya sin vacilar.

Nuevo asombro en Don Pantaleón.

—Pero, ¡qué! ¿no tiene usted dinero?

—Tengo, pero no quiero prestarlo; contestó con voz firme.

El señor Sandoval y Mata ofendióse, ó, simuló ofenderse, que es lo más probable, y dijo á su amigo algunas indirectas, que éste contestó con directas.

Mas Sandoval y Mata, que era finísimo gorrón, reservó el asalto para propicia ocasión, sonrióse con fingida dulzura, y palmeando el hombro de su amigo, dijole con zalamería:

—Ya nos volveremos á ver cuando esté menos malhumorado que ahora.

Y Perfectito, con estupefacción de él mismo, espetó tres rotundos noes.

Apenas salió Don Pantaleón, el joven respiró satisfecho. Una oleada de júbilo

subíale del corazón al rostro. Había dicho nó. ¡Qué ventura!

—Se puede, se puede, repetía sin cesar.

Era la hora de comer, y la criada entró al despacho y dijo á su amo:

—¿Come usted ya?

—No, no, no!, respondió Perfectito, subiendo el tono de voz en cada no.

Su criada, asombrada, pensó: Este no es mi amo, es otro.

Perfectito reflexionó luego que la pregunta de su criada era de las que debían abrir en el acto las siete llaves que guardaban el "sí," y cambiando de voz, murmuró:

—¡Ah!, sí; pon la comida.

• Ese día comió el joven con mucho apetito.

Pensó después en sus acreedores, que no eran pocos, y en los recursos de que disponía, que no eran muchos.

Aún puedo salvarme, dijose. Aprovecharé el momento presente, hablaré con esos judíos, pues todos ellos son agiotistas. Con algunas prórrogas, y procurando cubrir las deudas á sus vencimientos, me libraré de fuertes réditos, que son el incurable cáncer de los capitalistas.

Todo salió á Perfectito á pedir de boca, y en la noche, al tirarse en la cama, exclamó:

—¡Ah!, no creía que mi mortal enfermedad fuese curable. Beatriz tenía razón: estaba enfermo de suma gravedad.

Transcurrió un mes, durante el cual, Perfectito había dicho no es, á rosó y velloso. Era ya otro hombre, y sus amigos, que siempre le llamaron Perfectito, decíanle hoy Perfectote.

Aquello era obra de Beatriz, ó de la gracia de Dios, oculta tras un palmito angelical. Y claro es que hubo reconciliación y boda, y lo que vale más que todo esto: carácter, allí, donde no había ni pizca de él.

Y cuentan los que conocieron á Perfectito, trocado en Perfectote, que, cuando alguno de sus amigos se enfermaba, aunque fuese de ligera indisposición, les recetaba las tres consabidas resoluciones. Y agregaba con entusiasmo: No hay en la universal farmacopea, receta como la mía: es la única medicina que cura todas las enfermedades.



LA CAMPANA DE MI PUEBLO

I

En un día de pleno sol, de cielo despejado y purísimo, en que la naturaleza rebosante de vida, alegra el corazón, salió Gabriel de su pueblo. Iba á la capital de la República, pensionado por el Gobierno para estudiar medicina. ¿Quién hubiera podido adivinar en aquel mozalbete de complaciente mirada y varonil belleza al futuro sabio, laureado por doctas academias y enaltecido por la prensa de cultas capitales extranjeras?

Porque Gabriel fué un sabio, ante cuyas decisiones inclinábanse los más conspicuos profesores. Su carrera fué brillantísima; desde practicante llamó la atención por su ojo médico, y la envidia, enemiga acérrima de aquél que se eleva aum-